

Del que tranquilo se duerme,  
Y á dormirse en paz le ayudan,  
En la del joven viajero  
Se iban lentas una á una  
Disipando, á cada instante  
Apareciendo más turbias;  
Apenas del blando insomnio  
Las vaporosas figuras  
Dejaban á sus sentidos  
Del sueño en la paz profunda,  
Y su tranquilo reposo  
Guando, cuando la muda  
Solista, turbó á deshora  
Gréta y acordada música;  
Y del mancebo llegando  
Al oído en lid oculta,  
Con su sueño fué ganándole  
El sitio que en él ocupa.  
Tornaron á producirse  
Otra vez las inseguras  
Fantasías del insomnio,  
Y muy pronto entre su turba  
Incolora, tornó á alzarse  
La imagen radiante y pura  
De Flor-del-Alba, mas bella  
Y luminosa que nunca.  
Pronto el corazón amante  
(Que por acercarse pugna  
Al hechicero fantasma  
Que parece que le busca),  
Soñando cree que realiza  
Mil esperanzas absurdas.  
Ya la trasparente imagen  
De la adorada hermosura  
Cree que á su lado desciende,  
Y de sí mismo tan junta,  
Que con que estienda los brazos  
La puede tener segura.  
Ya al amoroso fantasma  
Ve que una y otra vez cruza  
Por la alcoba en que reposa,  
Y cree que el rumor escucha  
De sus pisadas, y el roce  
De sus leves vestiduras.  
Ya que á la trémula llama  
De la lámpara que alumbraba  
Su aposento, le contempla  
Con amorosa ternura,  
Y con su aliento purísimo  
Le orea, porque le infunda  
Su amor el divino aroma  
Que el blando aliento perfuma.  
Ya en una transición rápida  
De que los sueños abundan,  
La mujer se trueca en ángel;  
El ser terrenal se ofusca  
Tras de su célica esencia;  
De tornasoladas plumas  
Brotan alas de sus hombros,  
Que á sus espaldas se agrupan,  
Formando un fondo nevado,  
Sobre el cual, de su cintura,  
De sus brazos cuelga aquello,

Los contornos se dibujan.  
De un arpa de oro que al lado  
Tiene, y cuyas cuerdas pulsa,  
Hace brotar ricas cláusulas  
De embriagadora dulzura.  
El alma amante, con ellas  
En armonía se inunda,  
Y á las etéreas regiones  
Arrebatada se juzga,  
Mas vibran de tal manera  
Las notas con que preludia  
En el alma del dormido,  
Y le hieren tan agudas  
Y tan íntimas, que pronto  
Será fuerza que interrumpian  
La influencia soporífica  
Del sueño que le subyuga.  
Y así es: los lentos párpados  
Abre al fin; con mano ruda  
Ase del cómodo lecho  
Las plegadas colgaduras,  
Y aun mal despierto: — ¿Quién va? —  
Con ahogada voz pregunta.  
Nadie responde: al reflejo  
De la lámparilla mustia,  
Reconoce el aposento  
Que como huésped ocupa.  
Mas todavía del sueño  
Piensa que el sopor le abruma;  
Pues del recordando á espacio  
Las imágenes confusas,  
De Flor-del-Alba y del ángel  
Al recordar la hermosura,  
El son del arpa recuerda,  
Y cree que se perpetúa  
El sueño, pues de una arpa  
Oye el acorde, no hay duda.  
Por mas que tenaz dar crédito  
A sus sentidos rehusa,  
Interrumpe el son de un arpa  
La tranquilidad nocturna,  
Y una voz suave, cantando,  
Con sus cláusulas se ayuda.  
Del dulce canto atraído,  
Y á indagar quién le producea,  
Impelido el caballero,  
Sentó la planta desnuda  
En el pavimento frío,  
Y con precauciones sumas,  
Entreabriendo la ventana  
Por la que se oye la música,  
Asomóse poco á poco,  
Por sí á quien canta columbra.  
Mas en vano: desde el cémit,  
Con pálida luz, la luna  
Platea un huerto en que reinan  
El abandono y la incuria.  
Su tierra, fértil un día,  
Cubre enredada espesura  
De silvestre yerba, y claro  
Se ve, que el dueño renuncia,  
Como á reponer su casa,  
A labrar la huerta inculta.

Esta en su origen fué patio;  
Pero recibió cultura  
Cuando sus antiguos dueños,  
Al dar en peor fortuna,  
Sembraron en cuanta hubieron,  
No poseores de mucha.  
Este huerto ó este patio  
Que altas paredes circundan,  
Forma el centro de la fábrica  
De este edificio, que anuncia  
Próxima ruina do quiera  
Por infinitas roturas.  
Solo de las cuatro torres  
Que le ciñen, en la una  
Se habita, pues el revoque  
De sus paredes lo acusa.  
Y en esta torre, frontera  
A la en que el joven procura  
Desde su ventana, ver  
De la misteriosa música  
El origen, hay abierta  
Otra ventana; mas cuya  
Interior habitacion,  
A su avara vista hurtan  
De un enramado jazmin  
La espesa rama fecunda,  
Y una estrecha celosía  
En que las ramas se anudan.  
Allí está, pues, la cantora:  
De entre la fresca espesura  
De aquel toldo de jazmines  
Y florecillas menudas,  
Brotó aquella voz suavísima:  
Y de allí en sus alas húmedas  
La esparce el aura de Mayo  
Por la trasparente anchura  
De los cóncavos espacios  
Que el aire diáfano azula.  
De allí parte aquella voz,  
Y si es de una criatura  
Humana, naturaleza  
Al dársela la hizo única,  
Pues la formó de los tonos  
Con que armónicos la arrullan  
Los ruisiñores del bosque,  
Las fuentes que le fecundan,  
Los ecos que los remedan  
En las escondidas grutas,  
Y el aura, que entre las hojas  
Suelta y lasciva susurra.  
Tal es la voz que la calma  
De la muda noche turba.

Voz que encierra

En el concento

De su acento

Celestial,

Cuantos ecos

De alegría,

De victoria,

De agonía,

Y de gloria

Juntaria

Si se oyera  
Toda entera  
La armonía universal.

Voz que gime  
Congojosa;  
Voz sublime,  
Vagarosa,  
Que levanta  
Misteriosa  
Melancólica canción.  
Voz sonora  
Que á par canta,  
Y á par llora  
Los delirios  
Apacibles;  
Los martirios  
Insufribles  
De un amante corazón.

Blando son  
Que el viajero  
Con aliento  
Retenido,  
Oye atento  
Y embebido  
En su balcón:

Y antes que suene en su oído  
De aquella nocturna endecha,  
Va la música derecha  
A arrullar su corazón.

Vago encanto,

Con secreta

Simpatía

La sujeta

De aquel canto

A la armonía:

Y aunque ciegos

No comprende

La razon;

Siente luego

Que la calma

De su alma

Pierde ciego,

Y le enciende

Dulce fuego

Al oír la voz lejana,

Que á través la celosía

De la florida ventana,

El mágico son le envía

Del arpa y de la canción.

Escuchábala embebido

Con intensísimo gozo

El aventurero mozo,

De su entreabierto balcón,

Sin reparar de la noche

En el insano rocío,

Y en el aire húmedo y frío

Propio aún de la estación

Escuchaba él, y seguía  
De sus armónicas frases  
Los melodiosos compases  
Y maestra ejecución;  
Y cuanto mas escuchaba  
Aquel acento encantado,  
Mas se creia engañado  
Por una vana ilusión.

Escuchaba, y comprendía  
Mas claro á cada momento,  
Que aquel primoroso acento,  
Y aquel sentido cantar,  
Rebosando de armonías  
Y poesía galana,  
De una garganta villana  
No se podia lanzar.

No es ese el canto monótono  
Cuya armonía sencilla,  
De los campos de Castilla  
Ronco entona el labrador:  
No es esa la endecha tosca  
Que alza en la fiesta campastro  
El labriego, al son silvestre  
De la gaita y el tambor.

Es el cántico suavísimo  
De una voz rica, argentina,  
Que vibra, gorgoea y trina  
Con limpieza sin igual;  
Canto profundo, inspirado,  
Tierno, sonoro, vibrante,  
Que oye absorto el caminante  
Por su bien ó por su mal.

Y elevado en una escena  
Que embellecen la oportuna  
Tranquila luz de la luna,  
Del misterio la ilusión;  
Parece un himno celeste  
Por un ángel entonado,  
Y en el aura acompañado  
Por las arpas de Sion.

Tal lo juzga el forastero  
Que embebecido lo escucha,  
Mientras con la fuerza lucha  
De su mágica impresion:  
Y tanto al cabo se hechiza  
Con el cantar peregrino,  
Que al impulso repentino  
De curiosa imprevisión,

Abrió el balcon entornado:  
Mas con este movimiento  
Cuanto logró, en un momento  
Perdió la necia ambición:  
Porque notando sin duda  
Su presencia impertinente,  
Cesó repentinamente  
La misteriosa canción.

Volvióse desconsolado  
El forastero á su lecho,

El pensamiento ocupado  
Con la música que oyó:  
Y tras de inquieto desvelo  
Que agitaron halagüeñas  
Mil imágenes risueñas,  
Cansado al fin se durmió.

Y alto estaba ya el sol del nuevo día  
Cuando el mancebo despertó, al sonido  
Del acento del viejo conocido,  
Que á llamarle venia.  
El mozo de la cama saltó al punto,  
Y entrándose en la cámara el anciano,  
Las ventanas abriendo,  
El mancebo gentil tendió la mano,  
Plática tal los dos entreteniéndolo.

Acaso no habrá sido  
Tan cómodo mi lecho,  
Como en el que á dormir estareis hecho;  
Mas en fin, ¿cómo en él habeis dormido!

La dulce paz y hospitalario techo,  
Señor, de vuestra casa,  
Solo comodidades me ha ofrecido.

Perdonad que en estancia semejante,  
De la parte que habito tan distante,  
Os haya así alojado;  
Que el edificio está tan mal tratado,  
Que no pude en los cuartos de adelante  
Sitio hallar para vos acomodado.

Mucho tiempo hace ya, y os lo aseguro,  
Que noche no gocé tan deliciosa:  
Y el aposento hallé de tal manera,  
Que si preciso caso me obligarara  
Esta á casa habitar, yo os suplica  
Que vuestra autoridad me permitiera  
Que en él siempre habitara.

Sin que ese caso y precision viniera,  
Yo os lo ofrezco de grado:  
Permaneced el tiempo que os pluguiere,  
Que en ello seré yo siempre el honrado.

No plazca á Dios que por antojo mio  
Molestia os ocasiono:  
Yo os lo agradezco, pero parto.

Que si á emprender volveis en tiempo alguno  
Por estos pobres valles otro viaje,  
Y os hace otra vez falta un hospedaje,  
No olvideis que aquí siempre tenéis uno.

Y yo á mi turno fio  
Que el habitado espacio

De este antiguo palacio,  
Recuerde alguna vez el viaje mio.

¡Sí á fé! Mas el almuerzo preparado  
Nos aguarda.

Y Brillante impacientado,  
Tambien el suyo aguardará.

Le fué ya su racion.

¡Tanto cuidado!

Obligacion no mas de huésped. ¡Ea!  
Venid, que todo al fin se hará á medida  
De vuestra voluntad, á lo que creo:  
Y aunque mas pronta acaso  
De lo que apeteciera mi deseo,  
Yo os haré la mas franca despedida,  
Rogando á Dios que os ilumine el paso.

Y hablando así, la cámara dejaron,  
Y el oscuro camino que trajeron  
Cuando de noche al camarín vinieron,  
Volviendo á hacer, al comedor bajaron

## CAPITULO V

DESPEDIDA.

Una hora despues, y hallándose  
En el cuarto en que la cena  
Les sirvieron por la noche,  
Del almuerzo en sobremesa,  
Despidiéndose el mancebo  
Del viejo y de su hija bella,  
De este modo habian trabado  
La conversacion postrera.

¡Ea, pues! yo no he sabido  
Perder la costumbre añeja  
De marino, y aun celebro  
Un viaje ó amistad nueva  
Con un generoso brindis:  
En la amistad cuando empieza,  
Y en los viajes, como es justo,  
A la ida y á la vuelta.  
Conque así, llegad el vaso,  
Y vaciemos la botella  
Ultima de tostadillo  
Que dió de sí la bodega.

Por mí, buen anciano, os juro  
De buena fé que quisiera  
Que la amistad que hoy trabamos,  
Fuera entre los dos eterna.

Nada puede ser eterno  
Sobre la faz de la tierra;  
Pero contad con la mia  
Mientras dure mi existencia.

Dios os la guarde, señor,  
Hasta que cumplidos sean  
Cuantos votos hayais hecho  
Sobre la edad venidera.

Solo uno, si no le logro,  
Amargaré mi hora estrema,  
Que es dejar la hija que tengo,  
Niña sin estado y huérfana.

Señor, no le cumple á un mozo  
Que tan pocos años cuenta,  
Por mucho que le disculpe  
Su poder ó su nobleza,  
En ocasió semejante  
Hacer semejante oferta;  
Mas dispensad si me atrevo  
A prometeros que mientras  
Respire don Pedro Tellez,  
Y tener con honra sepa  
Un techo que le cobije  
Y un doblon que le mantenga,  
No faltará á vuestra hija,  
Si otras mejoras no encuentra,  
Ni casa en que viva honrada,  
Ni espada que la defienda.

¡Que os tome Dios vuestra noble  
Generosidad en cuenta,  
Don Pedro Tellez! Y ahora  
Que la ocasió se me rueda,  
A unas palabras de anoche  
Pláceme daros respuesta.

Decid.

Creo que dijisteis  
Que simpatía secreta  
Vuestra alma hácia mí atraia;  
Y yo de la mia en prueba,  
Quiero que sepais que tengo  
Tal fé en la hidalguía vuestra,  
Que á pesar de ser tan jóven,  
Puede ser que no eligiera  
Otro que á vos, á mi muerte,  
Para encomendarle de ella.

Predileccion tan honrosa  
No sé cómo os agradezca;  
Mas es la eleccion muy pronta,  
Y acaso no esté bien hecha.

EL VIEJO.

¡Oh! quien vivió tanto tiempo  
Como yo, tiene experiencia  
De que rostros y apellidos  
Abonan á quien los lleva.  
Pero noto que hemos hecho  
La conversacion muy séria,  
Y traspasado los límites  
Acaso de la prudencia.  
De todos modos, mancebo,  
Servido habrá mi franqueza,  
Para que hayais comprendido  
Lo que mi alma os aprecia.

DON PEDRO.

Y al menos habrá la mia  
Servido de daros muestra  
De lo mucho que desde hoy  
Vuestra sangre me interesa.  
Y ya que, como habeis dicho,  
Satisfecho en esta aldea  
Vivís con vuestra hija hermosa  
Y con vuestra escasa hacienda,  
Permitid que os deje al menos,  
Para que os traiga en mi ausencia  
A la vuestra mi memoria,  
De mi amistad una prenda.

EL VIEJO.

Para acordarme de vos,  
Basta con vuestra presencia  
Haber visto tan honradas  
Nuestra casa y nuestra mesa;  
Y por lo que á prendas toca,  
Me haceis dar en la sospecha  
De que vais nuestro hospedaje  
A pagar de esa manera.

DON PEDRO.

¡No por Dios! Dijeos el nombre  
De mi casa solariega,  
Dijeos quién soy, y que gozo  
De favor y de opulencia,  
Y ofrecido os he el desquite  
De este hospedaje, en adversa  
Ocasión, si así os pluguiere:  
Mi paga, pues, ha sido esa.

EL VIEJO.

¡Oh! de ese modo explicándolo!

DON PEDRO.

No dudo de que os convenza.

EL VIEJO.

Efugios son cortesanos . . .

DON PEDRO.

Lo serán, muy norabuena;  
Mas como tienden á hacer,  
Nuestra amistad mas estrecha,  
Dejadlos pasar, en gracia  
Del buen intento que llevan.  
Tanto mas, cuanto que en vos  
No empleándose la prenda

Que os quiero dejar aquí,  
Sino en vuestra hija, es fuerza  
Que no voluntaria dádiva,  
Sino tributo parezca,  
Que en aras de la hermosura  
Nada os doy, todo es ofrenda.  
Y por fin, como algun dia  
Decís que acaso suceda  
Que sin vos (y á Dios no plazca)  
A ampararee de mí venga,  
No es demas que para entonces  
Pueda tener manifiesta  
Una prenda que reclame  
Mi obligacion y mi deuda.

EL VIEJO.

Tanta es vuestra cortesía,  
Caballero, al ofrecerla,  
Que vendrá á dar la repulsa  
En desatencion grosera.

DON PEDRO.

Con este permiso, pues,  
Tendedme, niña modesta,  
La hermosa mano, en que os deje  
Este anillo, cuya piedra  
No encontrará quien la tase  
De hoy en vuestra mano puesta;  
No por lo que vale en sí,  
Sino por estar en ella.

Y así diciendo, Don Pedro  
Tomóla una á la doncella,  
Entre sus dedos torneados  
El rico anillo poniéndola.  
Tiñó en carmin encendido  
Las mejillas de azucenas  
Flor-del-Alba: quiso el viejo  
Impedir que puesta fuera  
La sortija; mas fué tarde,  
Pues lo hizo con tal presteza  
Don Pedro, que fué antes casi  
El darla que el ofrecerla.

EL VIEJO.

Mal tales prendas en manos  
De una labradora sientan;  
Ni es justo que las acepte  
Quien no puede en recompensa  
Dar otra á aquel de quien viene.

DON PEDRO.

Mas será, á mi ver, ofensa,  
Que ella rehuse aceptarla  
Por prestaros obediencia.

EL VIEJO.

Si á ofensa habeis de tomarlo,  
A eleccion de Flor se queda.

FLOR-DEL-ALBA.

Yo siempre la llevaré  
En vuestra memoria puesta:  
Mas tiene razon mi padre,  
Pues ha de ver con vergüenza

Que no pude yo pagárosla  
Con otra que digna fuera  
De la que me dais.

DON PEDRO.

Escusa

Buscado habeis bien pequeña.  
El mas mínimo favor  
De una hermosura, no hay prenda  
Que pague en su valor justo;  
Y si del favor en muestra  
Me dais una florecilla  
Cultivada en vuestra huerta  
Por vos, un clavel temprano,  
Una estraviada violeta,  
Un jazmin, ó una hoja sola  
De un tiesto ó enredadera,  
Que tengais, como otras suelen,  
De vuestro cuarto en la reja,  
Yo me daré por pagado,  
Y aun me atrevo á hacer apuesta  
De que antes perdereis vos  
La sortija, que yo pierda  
De la flor que me deis verde,  
Las caidas hojas secas.

Y aquí el mancebo galan,  
Reparando la severa  
Faz del viejo, y el rubor  
De la muchacha, á la escena  
Puso fin, diciendo á tiempo  
De dirigirse á la puerta:  
"Mas ya basta; avanza el dia,  
Y de este sitio me alejan  
Necesidad y deber,  
Que en mi viaje al par me empeñan."  
Y un cuarto de hora despues,  
Partiéndose de la aldea  
De Villaldemiro, el mozo  
Daba al palacio la vuelta,  
Para tomar el sendero  
Que por el soto atraviesa,  
Cuando al ir del edificio  
Rodeando por la cerca,  
Cayó un ramo de jazmines  
Ante él, y sobre su senda.  
Recogió al potro la brida  
Y levantó la cabeza;  
Mas cuando vió la ventana,  
Sintió cerrar sus vidrieras.  
Bajóse á tomar las flores,  
Tornó á cabalgar, y mientras  
Se alejaba á lentos pasos,  
Fija la vista en la reja  
Misteriosa, oyó una voz  
Que entonaba detras de ella,  
La cancion que oyó de noche  
Diez horas hacia apenas.  
Al generoso bridon  
Volvió á refrenar las riendas,  
Y permaneció escuchando  
La lejana cantilena,  
En meditacion profunda,

Su imaginacion inquieta,  
Con los lances de la noche  
Y del dia, andando á vueltas.  
Cruzó sin duda su mente  
Luminosa alguna idea,  
Que á decision repentina  
Le impelió; pues las espuelas  
Aplicando al potro, á escape  
Le hizo cruzar la pradera,  
Y desapareció perdiéndose  
Del soto entre la arboleda.

## CAPITULO VI.

## I.

Partió el forastero  
Por siempre quizás,  
Y un dia tras otro  
Pasándose va.  
Tornó en el palacio  
Cual siempre á reinar  
Sombrió silencio,  
Monótona paz.  
Tornó Flor-del-Alba  
El curso á empezar  
Que los mil quehaceres  
Domésticos dan,  
Los dias enteros  
Volviendo á pasar  
Cual flor conservada  
En fuerza de afan,  
Cerrada en el viejo  
Doméstico hogar.  
Tornóse al misterio  
Que dos años ha  
Rodea el palacio,  
Do ocultos están  
El viejo y su hija,  
Sin que hagan jamas  
Mas viaje que á misa,  
El dia al rayar.  
La niña en las fiestas  
Al Prado no va  
Del baile campestre  
Ni un punto á gozar.  
Y el viejo atraviesa  
Tan solo el lugar  
Los dias de fiesta  
Cuando al templo va.  
Do quiera y con todos,  
Eterna é igual  
Conserva severa  
Reserva tenaz.  
Con él en el pueblo  
Tener amistad  
Ninguno ha logrado:  
Mas nunca en azar  
Arduo, ni en peligro,  
Ni en enfermedad,  
Llegó uno á su puerta  
Consejo á tomar,

O á pedir remedio,  
 Que en urgencia tal,  
 Sin ser socorrido,  
 Volviera pié atrás.  
 El viejo, con todos  
 Atento y cordial,  
 Los males ajenos  
 Diestro en aliviar,  
 Siempre era él el árbitro  
 Juicioso y capaz  
 De hacer las discordias  
 A todos cesar.  
 Y pobres y tristes,  
 De su caridad  
 Van en sus desdichas  
 Consuelo á buscar.  
 Acaso no hay uno  
 Que á solas, y allá  
 En su alma, no piense  
 De aquel hombre mal,  
 O envidie su suerte,  
 Su tranquilidad,  
 O le odie porque hace  
 Su suerte ignorar;  
 Pues siempre la humana  
 Condicion fué tal.  
 Mas todos le acatan,  
 Y todos á par  
 Su ciencia aprovechan,  
 Y todos están  
 En que hay de aquel hombre  
 En la gravedad  
 De su faz tranquila  
 Y noble ademan,  
 Un sello de oculta  
 Superioridad.  
 El mozo mas rico,  
 O altivo, ó audaz,  
 No supo á su hija  
 Amante llegar.  
 Aquella belleza  
 Que cubre el sayal  
 De moza villana,  
 Como á las demas  
 Zagalas que habitan  
 El mismo lugar:  
 Aquella muchacha,  
 Que puede á lo mas  
 A pobre heredera  
 De un pueblo igualar,  
 De quien á las otras  
 Diferencia no hay,  
 Sino en que posee  
 Un campo erial  
 Y un viejo palacio  
 A medio arruinar;  
 Tiene en la espresion  
 De su bella faz,  
 En su aire de cándido  
 Pudor virginal,  
 Y en todo su porte,  
 Cierta majestad  
 Que asaz la distingue

Del tono vulgar,  
 De la gracia tosca  
 Que en lo general  
 De las mas apuestas  
 Mozas de lugar,  
 Salvages contornos  
 Presta á la beldad.  
 Y acaso no hay una  
 Que á solas, y allá  
 En su alma, de aquella  
 Belleza ideal,  
 No halle alguna falta  
 De que murmurar.  
 Mas no habrá ninguna  
 Que á rivalizar  
 Se atreva con ella;  
 Ni alguna osará  
 De la Flor-del-Alba  
 Suponerse igual.  
 No hay una que honrada  
 No se crea asaz,  
 Si de deferencia  
 Alguna señal,  
 De la hermosa niña  
 Consigue alcanzar,  
 Por mucho que de ella  
 Murmure detrás.  
 Por mas que la quieran  
 Defectos buscar,  
 Y altiva la juzguen,  
 Y de vanidad  
 La culpen, no hay una  
 Que si ante el umbral  
 Del viejo palacio  
 Acierta á pasar,  
 Y allí Flor-del-Alba  
 Por acaso está,  
 No cambie con ella  
 Saludo cordial,  
 Y amable sonrisa,  
 Que quiera indicar  
 Que tiene la niña  
 Con ella amistad:  
 Y así en el aldea  
 Pasándose van  
 Los dias de Mayo,  
 Y así en soledad  
 El padre y la hija,  
 El débil torzal  
 De la vida humana  
 Hilan sin cesar,  
 Dichosos gozando  
 La felicidad  
 De aldeanos que viven  
 Sin oro ni afán.  
 ¡Mas qué humana vista  
 Puede penetrar  
 Por un muro espeso  
 Cual por un cristal?  
 ¿Quién ver lo que dentro  
 Se puede encerrar,  
 De aquel edificio  
 De cuyo portal

Ninguno del pueblo  
 Podido ha pasar,  
 Ni mas que de fuera  
 Lo ha visto jamás?

## II.

Desque el forastero  
 De allí se partió,  
 Apenas semanas  
 Pasáronse dos.  
 Ni á oirse en aquellos  
 Contornos volvió  
 Noticia del jóven;  
 Ni tardo pastor  
 Que el hato de noche  
 Al pueblo tornó:  
 Ni el guarda del campo  
 Mas madrugador,  
 Volvió á oir el paso  
 Del potro veloz  
 Que al irse, de todos  
 Fué la admiracion.  
 Del soto le vieron  
 Salir: con vigor  
 Increible, vieron  
 Que á escape subió  
 La cuesta postrera  
 De las que en redor  
 Circundan el valle  
 Do yace hasta hoy  
 La aldea escondida,  
 Y desde el peñon  
 Donde el arquitecto  
 La iglesia fundó,  
 Le vió el campanero,  
 Como exhalacion  
 Tomar el camino  
 De Burgos, en pos  
 De sí, nube densa  
 Dejando el bridon,  
 De polvo, entre cuyas  
 Sombras se perdió,  
 Como una evocada  
 Lejana vision  
 Que se hunde en las ondas  
 De espeso vapor.  
 La luna, entre nubes  
 Velada, alumbró  
 La tierra á intervalos  
 Con tibio fulgor,  
 En noche cargada  
 Que á un dia siguió,  
 De esos que nublados  
 Amasa el calor.  
 Pesado está el aire:  
 Todo á su impresion  
 Perezosa, en lento  
 Letargo cayó.  
 La brisa no mece  
 Ni rama ni flor,  
 Ni suena en los sauces  
 Ni arrullo ni voz,

Tórtola acuitada,  
 Pardo ruiseñor.  
 Todo en torno calla,  
 Y solo su son  
 Monótono, lleva  
 Un murmurador  
 Arroyo, que cruza  
 Por la poblacion,  
 Y baja desde ella  
 Por cauce que abrió,  
 A dar del palacio  
 En frente al porton,  
 En un ancho estanque  
 Que allí se cavó.  
 Este vuelve á darle  
 Su curso y su son  
 Por el lado opuesto  
 A aquel por do entró:  
 Y el arroyo, hinchendo  
 De verde frescor  
 El soto, se pierde  
 Libre y jugueton,  
 De los altos olmos  
 En el espesor.  
 Al sueño, cansado,  
 En paz se entregó  
 El pueblo: no brilla  
 De luz resplandor,  
 Por entre los vidrios  
 De reja ó balcon,  
 Mas que la del mustio  
 Perenne farol  
 Que alumbrá devoto  
 La iglesia de Dios.  
 De su torre gótica,  
 Con ronco clamor  
 Dió once campanadas  
 Moderno reloj;  
 Cuando al pié del pardo  
 Fuerte murallon  
 Que el viejo palacio  
 Cerca en derredor,  
 Y bajo la reja  
 Por donde cayó  
 El ramo de flores  
 Delante el troton  
 Del jóven viajero  
 Cuando se partió,  
 Alzó repentino  
 Deleitabile son,  
 Vihuela punteada  
 Con diestro primor;  
 Y á poco, á sus tonos,  
 Concertada voz,  
 Así entre la sombra  
 Nocturna cantó:

“Flor-del-Alba, que con ella  
 Compite en resplandor,  
 Y á la lumbre que destella,  
 Como tú tan pura y bella  
 No halla en la tierra otra flor;  
 Tu lecho de flores deja,

Mira que el alba refleja:  
Desvelate ¡oh Flor!  
Que llama á tu reja  
La voz del amor.

Tus hojas abre, y da al viento  
Su perfume embriagador,  
Para que en él tome aliento  
Quien no tiene otro alimento  
Ni otro ambiente que tu amor.

Mira que el alba refleja,  
Tu lecho de flores deja:  
Desvelate ¡oh Flor!  
Que llama á tu reja  
La voz del amor."

Con estas palabras  
Callando la voz,  
El aire á lo lejos  
Sus ecos ahogó,  
Quedando en silencio  
Y en sombra en redor  
El campo, como antes  
De aquella cancion.  
A poco, en el muro,  
Confuso rumor  
De hierro y vidrieras  
Movidas se oyó:  
Y hallando la luna  
Un roto giron  
Que en medio una nube  
El viento rasgó,  
Vertió repentino  
Fugaz resplandor.  
Su tibio reflejo  
El muro alumbró,  
A par alumbrando  
La escena de amor;  
Que arriba en la reja  
Patente se vió  
El rostro de un ángel,  
Y abajo al cantor,  
Contemplando inmóvil  
La blanca vision.  
Allí Flor—del—Alba  
Que su reja abrió;  
Aquí Tellez, ciego  
Por ella de amor.  
Aquí él, á quien trajo  
Su ardiente pasion:  
Allí ella, que amante  
Su vuelta esperó.  
Tal vez uno á otro  
Tendian los dos  
Los brazos amantes,  
Y acaso la voz  
De entrambos buscaba  
La frase mejor  
Que á ser alcanzara  
Del alma expresion,  
Cuando vaga sombra  
La esquina dobló,  
Viniendo hácia Tellez

Con paso veloz.  
La reja, al sentirle,  
La niña cerró:  
La luna á embozarse  
Con nubes volvió,  
Sombreado del campo  
La muda estacion;  
Y el mozo, mostrando  
Un noble valor,  
El pso al que viene  
Serenó atajó,  
Los dos entablando  
Tal conversacion:  
"¿Quién va? dijo el mozo.  
Y el otro:—Yo voy  
—¿Quién sois?

—Os pregunto  
Lo mismo yo á vos.  
—Soy... un caballero.  
—Yo tambien lo soy.  
—Yo Don Pedro Tellez.  
—Y yo Don Leon  
De Alba.

—¿Vos!  
—Sin duda.  
—Un Alba! ¡Gran Dios!  
¿Qué es esto?

—Un misterio  
Cuya explicacion  
Pronto en este punto  
A daros estoy.  
—Hablad.

—De mis pasos  
Venios en pos,  
Que siempre estaremos  
A solas mejor."  
Y echando hácia un lado,  
El muro dejó.  
Siguióle Don Pedro,  
En su corazon  
Sintiendo á aquel hombre  
Secreto pavor.  
Debajo de un ancho  
Fronoso lloron,  
Del soto en lo oscuro,  
Aquel se sentó.  
Don Pedro imitóle,  
Y el otro con voz  
Severa le dijo:  
"Prestadme atencion."

—"Murió nuestro buen rey Carlos segundo,  
Dejando de sus reinos la opulencia  
A Felipe de Anjou, á quien esta herencia  
Le costó guerrear con medio mundo.  
Los nobles españoles  
En bandos se partieron,  
Segun que los derechos concibieron  
De pretendientes varios  
Que, de la Francia amigos y contrarios,  
El trono hispano á disputar salieron.  
Pues entre esas familias divididas,  
Dieron al fin por su opinion, sus vidas.

Mas que nunca, Don Pedro, se os olvide  
Que un mar de hirviendo sangre nos divide.  
He aquí todo el misterio de mi casa;  
He aquí mi historia entera.  
Y ahora que conoceis mi verdadera  
Posicion, á estas rondas poned tasa,  
Y á la honra de ambos, con mejor manera  
Arreglad la conducta venidera."

Y así concluyendo  
Con tal relacion  
El viejo, el camino  
Que trajo tomó.  
Cual sombra movible  
De una aparicion,  
Que en humo al tornarse,  
Con hondo terror  
Nos hiela el medroso  
Mortal corazon;  
Así la del viejo  
Desapareció,  
En la que trazaba  
Su vieja mansion.  
Con ojos absortos,  
Con mudo dolor,  
Partir y perderse  
Don Pedro le vió.  
Y en vano quisiera  
Con resolucion  
El paso atajarle,  
Correr de él en pos,  
Y escigir completa  
Nueva explicacion:  
Negaban sus fauces  
El paso á la voz:  
Inerte, embargada,  
Sentia la accion.  
Y así, bajo el peso  
Del secreto atroz  
Que el viejo en su historia  
Le patentizó,  
Quedó anonadado,  
Sin ira y valor,  
Y á solas el triste  
Con su corazon.

## III.

En círculo eterno,  
Con giro infernal,  
Su pecho quemado  
De angustia y afan,  
Formando en su mente  
Eterna espiral,  
Que acaba do empieza  
Y vuelve á empezar;  
Y turba y marea,  
Y rueda tenaz  
En mágico círculo  
Que vértigos da,  
Del mozo en la mente  
Comienzan á dar  
Las negras ideas